



# FANZINE CERFAMI

Conmemoraciones,  
resistencias y reflexiones  
actuales

Septiembre 2025  
Primera edición



# **Conmemoraciones y resistencias**

# Día Internacional de la mujer indígena

Si Bartolina Sisa hubiera nacido en el siglo XX o XXI y no en 1750 hubiera llegado probablemente a CERFAMI con sus cuatro hijos, víctimas del desplazamiento forzado que ha agobiado por años este país. A lo mejor, hubiera tenido que huir de su comunidad por defender la vida, la naturaleza y su cultura.

Hubiera llegado aquí, a lo mejor porque a sus hijos se les entabló un proceso de restablecimiento de derechos por parte del ICBF porque dado la urgencia de la huida no existieron condiciones para preparar la estancia en la ciudad, la adaptación sociocultural de ella y sus hijos y tuvo que ponerse a pedir monedas con sus hijos para pasar la primera noche.

Son muchas las Bartolinas las que llegan a esta ciudad a veces indolente y otras muchas segregadora que olvida que, en Colombia, hay 115 pueblos indígenas que suman más de 1.9 millones de personas, lo que representa el 4.4 % de la población total y que, de este grupo, las mujeres representan el 50.1 %.

También olvida la inmensa mortalidad materna que viven las mujeres indígenas por falta de acceso a los servicios de salud, por desnutrición, por el conflicto armado o por proyectos minero-energéticos que se dan en sus territorios. Estamos dejando morir a nuestras Bartolinas Sisa por indiferencia.

Por eso nuestro reto no es menor y en ello tiene todo sentido que el 5 de septiembre se celebre el día internacional de la mujer indígena, para que no se nos olvide que, en nombre de la inmensa Bartolina, mujer rebelde y libertaria de los pueblos indígenas, debemos proteger y defender los derechos de las niñas y las mujeres indígenas, próximas libertarias quizás, de las opresiones de las mujeres del mundo moderno.

Por: María Fernanda Sierra.  
Profesional de proyectos



El día internacional de la mujer indígena reflexionamos como equipo e hicimos del espacio de trabajo un territorio que habla, reconoce y conmemora la vida y la lucha de las mujeres indígenas.





# **Niñez y Derechos Humanos: Gaza hoy**

# Más allá de las cifras en Gaza



La tragedia de Gaza no es un conteo de víctimas que inunda los medios ni una cifra que endurece miradas: es una herida abierta que deja a toda una generación suspendida entre el trauma y la desesperanza. En el centro están las niñas y los niños que perdieron —o nunca conocieron— el juego, la risa, a sus padres, sus casas, sus escuelas, sus calles; en otras palabras, perdieron la idea misma de un lugar seguro. Y no hay eufemismos que lo maquillen: cuando se hiere a la infancia, se hiere el nervio moral de una sociedad y, con él, nuestra noción de humanidad.

Pienso en quienes quedaron huérfanos. ¿Quién cuida de ellos cuando el tejido social se rompe, cuando las instituciones son solo escombros y cuando la única meta del adulto es sobrevivir? No hablo solo de comida, medicamentos, un albergue o una cobija, sino de un cuidado que los proteja de más violencias, como la trata de menores con fines sexuales. En 2022, según cifras de la ONU, esa modalidad habría aumentado alrededor de un 38 % a nivel mundial: un delito que, en contextos de abandono y desprotección como el de Gaza, encuentra el escenario perfecto para “prosperar”.

Que cesen las bombas no es sinónimo de paz: solo desplaza la violencia hacia formas menos visibles, como la proliferación de redes que mercantilizan la infancia y carcomen la única esperanza de las niñas y los niños de ser cuidados y protegidos. Porque, en su inocencia y carencias, confían en quienes los miran con ternura y los envuelven en un falso y momentáneo manto de cuidado, sin comprender que el lobo también se viste de oveja.

# Más allá de las cifras en Gaza



Me detengo a pensar también en la escuela: ese lugar que, cuando existe, ordena el tiempo, permite a las niñas y los niños desconectarse del afuera y los sumerge en cuentos, canciones e historias que alimentan la imaginación, una de las libertades esenciales de la niñez. Sin embargo, en Gaza, desde hace dos años la escolaridad ha desaparecido y, sin esa ancla, la infancia queda a la deriva entre la hipervigilancia, la soledad, el miedo y el peligro. El recreo se reemplaza por conversaciones en calles llenas de escombros —no de libros— donde se preguntan:

¿Qué comías antes de la guerra?

¿Los pilotos que bombardean niños... tienen niños?

A los niños que les tumban los brazos, ¿les vuelven a crecer?

Me gustaría morirme para poder comer.

Las preguntas inocentes y jocosas que suelen escucharse en las escuelas se transforman allí en preguntas casi imposibles de leer.

El cuerpo y la mente se acomodan como pueden, y el trauma se manifiesta en insomnio, sobresaltos, silencios prolongados, estallidos de ira, duelos sin ritual y pensamientos fantasmas que torturan con la pregunta insoportable sobre el sentido de vivir. Sin cubrir siquiera las necesidades básicas, el acceso a la atención en salud mental se vuelve imposible e impensable. En consecuencia, la niñez aprende a anticipar el peligro en cada ruido, a retraerse para no estorbar y a endurecerse para no llorar mientras cuida a sus hermanos menores: una adaptación forzada que condena a toda una generación a llegar a la adultez con cicatrices en el alma que condicionarán su relación consigo misma y con los demás.

# Más allá de las cifras en Gaza



Lo que ocurre en Gaza no afecta solo a Gaza. Afecta la forma en que el mundo decide valorar la vida de las niñas y los niños; afecta las palabras con las que explicamos —o explicaremos— la violencia; afecta los límites que nos imponemos o dejamos de imponernos para evitar la crueldad. Afecta, incluso, nuestra capacidad de congobernarnos sin acostumbrarnos.

Porque perder la capacidad de asombrarnos es una derrota humana que convierte el horror en paisaje, las cifras en números, el duelo en trámite ajeno y legitima la comodidad moral de habitar sin existir.

La humanidad se mide por cómo cuida a sus niñas y niños, y hoy nuestra generación es espectadora de una masacre sin precedentes en nuestro tiempo: no solo de vidas, sino del sentido mismo de humanidad. Considero que a todos nos corresponde un papel: unos desde el poder político, otros desde la movilización social, otros desde la seguridad, la academia, o —como en este caso— desde el deber de poner en palabras la voz de quienes hoy no pueden hacerlo: la niñez de Gaza.

Por: Diego Puerta.  
Director ejecutivo CERFAMI

# El cuidado como acto político

La revolución del cuidado inició en los espacios más íntimos y personales y se extrapoló a la esfera pública y estatal. Siguiendo la idea de que lo personal es político, los cuidados también lo son y tardamos décadas en extrapolarlo a la esfera pública y positivarlo a nivel estatal.

En este punto, vale la pena destacar el planteamiento que hace Nancy Fraser cuando habla del concepto de reproducción social que no son más que los cuidados que permiten que la vida a nivel social y económica pueda seguir desarrollándose. Al respecto esta autora destaca que:

Históricamente, estos procesos de «reproducción social» han estado considerados trabajo de mujeres, aunque los hombres siempre han realizado también parte de los mismos. Los cuidados, que comprenden tanto trabajo afectivo como material y a menudo se realizan sin remuneración, son indispensables para la sociedad. Sin ellos no podría haber cultura, ni economía, ni organización política. Ninguna sociedad que sistemáticamente debilite su reproducción social logra perdurar mucho (Fraser, 2000, p.11-112).

Algo similar reconoce la corte Interamericana de Derechos Humanos cuando en la opinión consultiva 31 de 2025 expresa que los seres humanos dependen, en distintos momentos de su ciclo vital, de recibir o brindar cuidados.



# El cuidado como acto político

Esta dependencia recíproca de cuidado constituye una expresión directa del respeto a la dignidad humana. El cuidado, en este sentido, se configura como el conjunto de acciones necesarias para preservar el bienestar humano, incluida la asistencia a quienes se encuentren en una situación de dependencia o requieran apoyo, de manera temporal o permanente. Así entendido, el cuidado constituye también una necesidad básica, ineludible y universal, de la cual depende tanto la existencia de la vida humana como el funcionamiento de la vida en sociedad, en tanto permite asegurar condiciones de atención mínimas para una existencia digna.

El DANE en un informe realizado en el 2020 *las cifras de la desigualdad*, concuerda con esta perspectiva al enunciar que: “Es insostenible la actual organización social del cuidado en Colombia, centrada mayoritariamente en el trabajo no remunerado de las mujeres” (DANE, 2020, p.7).

También dimensiona la problemática en cifras en el país cuando expresa que: En Colombia 8.6 millones de personas de 10 años o más realizan cuidados directos no remunerados, en 5 millones de hogares que representan 35% de los hogares del país. Esto significa que 21.8% de las personas en este grupo de edad, se encuentran realizando actividades para cuidar y apoyar a otros integrantes de sus hogares (DANE, 2020, p.17).

**Lo anterior nos invita a preguntarnos: ¿Cómo podemos reconfigurar socialmente el valor del cuidado, tradicionalmente feminizado y desvalorizado, para que sea un pilar de una sociedad más justa?**



En septiembre reflexionamos sobre el cuidado desde una perspectiva crítica y aunque quedamos con miles de preguntas y debates que irán encontrando su lugar con el tiempo, nos queda una certeza: los cuidados no pueden seguir siendo una tarea asignada exclusivamente a las mujeres. Se hace urgente una redistribución justa de las cargas de cuidado.



# El amor cotidiano



Eran las 5:30 AM. La tía dice que me demoro mucho en la ducha y por eso soy la segunda, después de ella, en levantarme.

Luego de salir del baño, al pasar por el comedor, vi lo que parecía un desayuno para diez personas. Nunca antes había visto un desayuno como ese. Había tres platos para cada uno: uno con fruta, otro con unas tortitas con miel y unas bolitas moradas que no recuerdo cómo se llaman, y el último, que sí me era familiar, tenía un huevito y unas tostadas pequeñas que parecían de decoración.

Noté que, mientras me desplazaba por el lugar, mi tía me miraba expectante, como de reojo, pero nunca posó su mirada directamente en mí. Tenía una sonrisa misteriosa, una expresión que, desde que estoy en este hogar, no había percibido en ella...

Me vestí inquieta, pensando quién nos visitaría a las 6 de la mañana para desayunar. Me pregunté quiénes en este barrio podrían estar desayunando igual, o si podría comer de lo que había en la mesa. Tenía solo 15 minutos para resolver qué le diría a mi tía cuando me acercara al comedor. ¿Será bueno decirle algo? ¿Me siento en silencio en la silla que habitualmente uso? ¿O espero que me inviten a la mesa, que está tan elegantemente organizada?



# El amor cotidiano

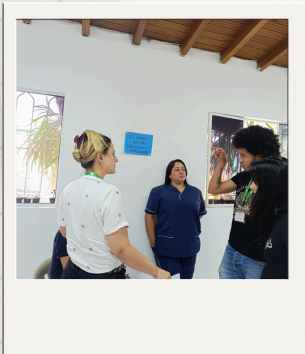


Decidí acercarme lentamente y esperar la indicación de mi tía. Ella es misteriosa y, a veces, le gusta hacerme bromas. Esperaba, de verdad, poder probar lo que había servido.

Después de unos segundos, detrás de la silla, me cogió de la mano, corrió el asiento, me besó en la frente y me dijo: “Feliz Día de Amor y la Amistad”. No le entendí. Pensé que eso significaba que los enamorados se regalaban flores cuando estaban grandes o que las personas se daban dulces y se llamaban amigos secretos. No sabía lo que este día tenía que ver con mi desayuno, y aún no estoy segura de entender por qué mi tía preparó esa comida para mí y los otros niños. Solo estoy segura de que amor y amistad sabe a bolitas moradas, torticas con miel y huevito con tostadas...

Por: Sandy Daniela Echavarría  
Gestora de caso





Nos encontramos para pensarnos el mundo con las gafas violetas puestas.